



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

**Cristo ha resucitado de entre los muertos,  
pisoteando la muerte con la muerte,  
con gran poder y autoridad divina.  
Ha atado a Satanás con cadenas,  
y a los que están en los sepulcros les ha dado la vida;  
a Adán ha liberado,  
y de ahora en adelante reinarán la alegría y la paz por los siglos de  
los siglos.**

### Los Cincuenta Días Radiantes: Un Anticipo del Sabático Eterno

En el ritmo sagrado del año litúrgico ortodoxo, existe una estación de incomparable luminosidad conocida como Béale Hamsa, los "Cincuenta Días de Gozo". Extendiéndose desde el glorioso amanecer de la Resurrección hasta el descenso ígneo del Espíritu Santo en Pentecostés, este tiempo santo no es simplemente un segmento del calendario, sino un Kairos santificado. Es una ventana a la eternidad, donde la Iglesia sale de las sombras de la Caída para entrar en la luz perenne del "Octavo Día".

La esencia de esta temporada se halla en el profundo concepto teológico de ሰረጽተ ነፍስ (*Erefta Nefs*) o el Reposo del Alma. Durante estos cincuenta días, la Iglesia actúa como un icono vivo del Reino Celestial. Para significar esto, los antiguos rigores de la vida espiritual se transforman: los ayunos tradicionales de miércoles y viernes se suspenden, y las postraciones penitenciales de la *Metanoia* se dejan de lado. Esto no es una concesión a la debilidad humana, sino una valiente proclamación de la victoria de Cristo. Al suspender el *Kanona* (la penitencia), la Iglesia declara que el Señor nos ha librado de la "Muerte del Alma". Como el Profeta Isaías susurró una vez sobre esta restauración: "El Señor te dará reposo de tu trabajo y de tu temor, y de la dura servidumbre en que te hicieron servir" (Isaías 14:3).

En el corazón de esta celebración se halla la persona de nuestro Señor, las Primicias (*Bekur*) de nuestro propio levantamiento. Como nos asegura San Pablo: "Pero ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho" (1 Corintios 15:20). Porque la Cabeza ha resucitado en gloria, el Cuerpo —la Iglesia— tiene asegurada su propia transformación. La "Soberanía de la Tierra" (*Sir'ate Midir*), gobernada por el hambre, la sed y la marcha inexorable de la decadencia, es aquí superada por el "Orden del Mundo Venidero". En esta atmósfera pascual, incluso nuestro culto cambia; la Divina Liturgia y los cantos sagrados se realizan de una manera que excluye el agotamiento, reflejando la alabanza sin esfuerzo de las huestes angélicas.

Este "sosiego" litúrgico sirve como una herramienta pedagógica que nos enseña a contemplar nuestra herencia final. Miramos hacia un reino donde el "Poder de la Carne" (*Hayla Zer*) y la "Naturaleza Animal" (*Hayla Ensesa*) se refinan en gloria espiritual. Es un estado más allá de los ciclos de nacimiento y envejecimiento, fuera del alcance del tentador y más allá del silencio del sepulcro. Se nos recuerda la promesa del Apocalipsis: "No tendrán hambre ni sed... y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos" (Apocalipsis 7:16-17).

En última instancia, el Tiempo de la Resurrección es la "Escuela de la Eternidad". Es un tiempo en que nuestras bocas se llenan de alabanza espontánea y nuestras vidas se apartan de la iniquidad, ofreciendo un vislumbre de una era venidera donde viviremos en justicia perpetua. A través de la Resurrección de Cristo y su posterior Ascensión, la espiral descendente de la degradación humana se ha invertido, y la salvación tanto del alma como del cuerpo se ha asegurado. Como nos recuerda la Epístola a los Hebreos: "Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios" (Hebreos 4:9). En estos cincuenta días, no solo esperamos ese reposo; comenzamos a habitarlo, saboreando la dulzura del Reino Celestial y el don de la Vida Eterna.

## Semana I: El Despertar del Cuerpo (La Octava de Pascua)

- Tema: Victoria sobre el sepulcro.
- Escritura: "Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte." (1 Corintios 15:26)

Reflexión: Si el sepulcro no pudo retenerlo a Él, ¿qué "orden terrenal" puede atarte a ti?

### Lunes Ma'dot: El Tránsito Ontológico de la Sombra a la Sustancia

En el resplandor inmediato de la Gloriosa Resurrección, la Santa Iglesia ha reservado el lunes de la Octava de Pascua como un día de profunda contemplación mística conocido como **Ma'dot**, término que significa "El Gran Tránsito". Es el día en que los fieles se detienen a contemplar el puente cósmico que cruza el abismo entre el viejo mundo y el nuevo. Es una celebración litúrgica de la transición definitiva del alma humana: un paso del frío dominio de la Muerte al vibrante Reino de la Vida, de las profundidades de *Hasar* —la ignominia de nuestra naturaleza caída— a las alturas sin sombra de la Gloria Divina, y del desolado silencio del Seol a los pastos verdes y vivificantes del Paraíso.

La teología de Ma'dot encuentra su eco antiguo y profético en el Éxodo de Israel. Así como los hebreos se hallaban entre los carros de hierro del Faraón y el abismo rugiente, la humanidad se encontraba una vez atrapada entre la culpa aplastante del pecado y las puertas cerradas del sepulcro. Sin embargo, como el profeta Moisés cantó sobre aquella primera liberación: «Condujiste por tu misericordia a este pueblo que rescataste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada» (**Éxodo 15,13**). En este día de Ma'dot, la Iglesia proclama que Cristo ha cumplido esta sombra. Él es el Capitán de un Éxodo mayor que no solo partió las aguas, sino que pisoteó las puertas de bronce y rompió los cerrojos de hierro, sacando a los cautivos de antaño de las tinieblas hacia la mañana del Octavo Día.

Celebramos este "Tránsito" porque Cristo mismo se ha convertido en nuestra verdadera Pascua. El apóstol Pablo resume este cambio ontológico con claridad categórica, instando a los fieles a «limpiar la vieja levadura... porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros» (**1 Corintios 5,7**). En esta victoria pascual, Cristo no es meramente un guía; Él es el Puente mismo. Al asumir nuestra humanidad en su muerte, Él cruzó hacia nuestra mortalidad para que nosotros pudiéramos cruzar hacia su inmortalidad. El oprobio de Adán es lavado en la sangre del Cordero, y la promesa una vez susurrada al ladrón en la cruz —«Hoy estarás conmigo en el paraíso» (**Lucas 23,43**)— se convierte en la herencia universal para todos los que se hallan en Él.

En última instancia, Ma'dot nos enseña que la Resurrección no es un hecho histórico estático para ser admirado de lejos, sino un movimiento dinámico al cual unirse. Somos ahora un pueblo en transición, "cruzando" diariamente del "Egipto" de nuestros viejos hábitos hacia la libertad de la Vida Nueva. Caminamos por el desierto de este mundo ya no como esclavos de los elementos, sino como ciudadanos libres de la Jerusalén celestial, alimentados por el Maná de la Eucaristía y guiados por la Columna de Fuego. Porque el Puente de la Cruz ha sido tendido sobre el abismo, hemos pasado de muerte a vida, y nuestro viaje es ahora un ascenso perpetuo hacia el corazón de Dios.

## Martes – Tomás:

### El Misterio de la Llaga – Santo Tomás y la Certificación del Gozo

Al despuntar el segundo día de la Octava de Pascua —celebrado tradicionalmente en el ciclo litúrgico como el Martes de Tomás—, la Iglesia se detiene a contemplar el encuentro íntimo y estremecedor entre el Señor Resucitado y el Apóstol que dudó. Este es el día del "Sacro Toque", un momento en el que la gloria etérea de la Resurrección se encontró con las frías y duras exigencias del duelo y el escepticismo humano. Santo Tomás, al haberse perdido la aparición inicial del Señor, se erigió en representante de toda la humanidad que lucha por salvar el abismo entre la vista y la fe. Declaró una condición para su fe que fue a la vez visceral y audaz: no se dejaría convencer por meros relatos o apariciones fantasmales, sino que exigió ver la señal de los clavos en las manos y meter su propia mano en el costado donde la lanza romana había atravesado el Corazón mismo de Dios.

En esta exigencia, Tomás se hizo eco inconscientemente del antiguo anhelo del profeta Isaías, que habló de un Siervo Sufriente por cuyas "llagas fuimos nosotros curados" (**Isaías 53,5**). Buscaba la prueba física de esa curación, queriendo asegurarse de que Aquel que estaba ante él era verdaderamente el mismo Hombre que había soportado la ignominia del Madero. Cuando el Señor se apareció de nuevo, no reprendió a Tomás con rayos ni ira; en su lugar, ofreció la máxima condescendencia del Amor Divino. Cristo invitó al Apóstol al santuario de Sus llagas, diciendo: "Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente" (**Juan 20,27**). En aquel instante asombroso, las "costillas" del Nuevo Adán se convirtieron en la puerta de una nueva creación, demostrando que la victoria de Cristo no borró Sus cicatrices, sino que las glorificó como trofeos eternos de Su afecto por la humanidad.

Abrumado por la realidad tangible del Dios Encarnado, Tomás exclamó una confesión que se ha convertido en el fundamento de toda la dogmática cristiana: "¡Señor mío y Dios mío!" (**Juan 20,28**). En esta frase breve y entrecortada, el "incrédulo" se convirtió en el primero en nombrar explícitamente a Jesús Resucitado como Soberano y Creador. Esta fue la certificación de la Resurrección: la prueba de que el cuerpo que se levantó era el mismo cuerpo que fue quebrantado. Sin embargo, el Señor concluyó este encuentro con una bendición que viaja a través de los siglos hasta nosotros: "Tomás, porque me has visto, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron" (**Juan 20,29**). En este día, la Iglesia no recuerda simplemente a un dubitativo; celebra al Apóstol cuyo toque confirmó la esperanza del mundo. Aprendemos que mientras Tomás vio y creyó, nosotros somos invitados a una bienaventuranza superior: tocar al Señor no con el dedo de la carne, sino con la mano de la fe, hallando en Sus llagas glorificadas la curación de las nuestras.

## Miércoles – Lázaro:

### El Maestro del Abismo – Lázaro y el Herald de la Resurrección General

Dentro del sagrado tapiz del camino cuaresmal, la Iglesia se detiene a contemplar un milagro que se erige como el terremoto definitivo antes de la Pasión: la resurrección de Lázaro del dominio de cuatro días del sepulcro. Este evento no es meramente una exhibición de poder divino, sino un ataque táctico contra el reino de la Muerte, sirviendo como uno de los principales catalizadores para que las autoridades terrenales tramaran la muerte de Cristo. Al llamar a Su amigo fuera de la tumba, el Señor demostró que la Muerte no posee autoridad soberana sobre el Autor de la Vida; más bien, la Muerte no es sino un siervo que debe liberar a sus cautivos a Su mandato. Como el profeta Oseas exclamó una vez en un desafío audaz al abismo: «Oh muerte, yo seré tu muerte; oh sepulcro, yo seré tu destrucción» (**Oseas 13,14**), así también Jesús se paró a la entrada de la cueva en Betania para ejecutar esta misma ruina. No realizó simplemente una reanimación; reveló Su propia identidad, declarando a una Marta afligida y a todas las generaciones: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá» (**Juan 11,25**).

La importancia de los «cuatro días» es profunda en la tradición teológica, pues significa un estado donde la corrupción se había asentado plenamente y, sin embargo, incluso la disolución de la carne no fue obstáculo para el Verbo que llamó al universo a la existencia. En este momento, Cristo cerró la brecha entre las expectativas del Antiguo Pacto y la realidad del Nuevo Pacto. Probó que Él es el Señor del Seol mencionado por el Salmista, quien escribió: «Porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu Santo vea corrupción» (**Salmo 16,10**). Al resucitar a Lázaro, Jesús ofreció un «tipo» o un anticipo de la Resurrección Universal que espera a todas las criaturas. Se presentó como el Juez Soberano que posee las llaves del sepulcro, demostrando que tiene el poder de convocar a todas las almas a una comparecencia final, transformando el cementerio de la historia en un campo de cosecha para la eternidad.

En este día, la Iglesia contempla la doble naturaleza de este levantamiento: para quienes creen en Él, es una «Resurrección para Gloria» (*Tinsae ze-le-Kibir*), una transición hacia la luz inmarcesible de la Divinidad; pero para quienes rechazan Su gracia, sirve como una «Resurrección para Oprobio» (*Tinsae ze-le-Hasar*), un comparecer ante la verdad que pretendían evadir. Este misterio de Betania sirve como advertencia y esperanza, ilustrando que la voz que susurró: «¡Lázaro, ven fuera!» (**Juan 11,43**) es la misma voz que un día destrozará cada sepulcro del mundo. Aprendemos que, aunque la muerte de Lázaro fue la «razón» del viaje de Cristo hacia la Cruz, también fue la prueba de que la Cruz no sería el fin. El Señor que ordenó quitar la piedra del sepulcro de Su amigo ya se estaba preparando para quitar la piedra del Suyo, asegurando para toda la humanidad un camino desde la corrupción de la tierra hacia la incorruptibilidad del Espíritu.

## Jueves – Adán:

### El Triunfo del Vencedor de la Serpiente – El Cumplimiento de la Antigua Promesa a Adán

En este día sagrado, la Santa Iglesia vuelve su mirada hacia el amanecer mismo de la historia humana, contemplando el momento en que las antiguas sombras del Edén fueron finalmente disipadas por la luz cegadora de la Resurrección. Recordamos con tembloroso gozo el cumplimiento del Protoevangelio —el "Primer Evangelio"— pronunciado por el Creador tras la Caída. Cuando todo parecía perdido en el jardín de la desobediencia, Dios dirigió a la serpiente una palabra de guerra y de esperanza, declarando: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar» (**Génesis 3:15**). Durante cinco milenios, Adán y su cansada progenie esperaron en el crepúsculo del Seol la llegada de esta "Simiente", aguardando a Aquel que transformaría el "calcañar herido" del sufrimiento en el pie de hierro de la victoria. Esta promesa fue la lámpara vacilante que guio a los Patriarcas por el desierto y a los Profetas por el exilio, un susurro persistente de que el "acta de los decretos" contra nosotros sería un día borrada.

Este "Tránsito" de la esclavitud a la libertad se realizó gloriosamente cuando el Nuevo Adán, Jesucristo, descendió a las partes inferiores de la tierra para destrozarse las puertas de bronce que mantenían cautivo al primer Adán. En el misterio de Su muerte y levantamiento, el Señor no salvó simplemente a individuos; redimió a todo el linaje humano. Tomó la mano del primer padre, Adán, y con él a todos sus hijos, conduciéndolos en una procesión triunfal desde el polvo de la tierra hasta la gloria de los cielos. Como el apóstol Pablo proclama triunfalmente en su carta a los Corintios: «Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados» (**1 Corintios 15:22**). El árbol de la Cruz ha suplantado al árbol de la ciencia del bien y del mal, y la sangre del Cordero ha lavado las manchas del fruto prohibido. Por Sus llagas, la enemistad queda abolida y la espada flamígera de los Querubines es envainada, pues el camino hacia el Árbol de la Vida está de nuevo abierto para los hijos e hijas de los hombres.

En este día, la Iglesia nos invita a situarnos entre los dos Huertos —el Edén y el Getsemaní— y contemplar la restauración total de nuestra naturaleza. Vemos el cumplimiento del clamor del Salmista: «Has cambiado mi lamento en baile; desataste mi cilicio, y me ceñiste de alegría» (**Salmo 30:11**). La liberación de Adán es nuestra propia liberación; su rescate del oprobio (*Hasar*) del pecado es la prenda de nuestra propia dignidad como hijos de Dios. Al recordar esta antigua promesa cumplida, reconocemos que en la Resurrección de Cristo, la historia del hombre ha sido reescrita. Ya no estamos definidos por la caída del primer Adán, sino por el levantamiento del Segundo, quien nos ha sacado de las tinieblas del sepulcro hacia la maravillosa e inmarcesible luz de Su Reino eterno.

## **Viernes – La Santa Iglesia:**

### **La Esposa Mística – La eclesiología de la Sangre y la Piedra Viva**

En este día sagrado, la Santa Iglesia entra en una profunda contemplación de su propio origen divino y del misterio de su vida como Cuerpo de Cristo. Recuerda que sus mismos cimientos no fueron puestos sobre las arenas movedizas de la ambición humana, sino en las profundidades de la Pasión de Cristo y el esplendor de Su Resurrección. Como revela el Apóstol Pablo en su discurso místico sobre las bodas del Cielo y la Tierra, Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla y presentársela a sí mismo gloriosa (**Efesios 5,25-27**). Este es el día en que celebramos a la Iglesia como la "plenitud de Aquel que todo lo llena en todo", reconociendo que no somos meramente una reunión de almas afines, sino un organismo vivo que respira: la Carne misma y el Hueso del Señor Resucitado. Estamos edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la principal piedra del ángulo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor (**Efesios 2,19-22**).

La Iglesia proclama que su vida fue comprada a un precio infinito; no fue redimida con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación (**1 Pedro 1,18-19**). Esta Sangre es el "Agua Viva" que la lavó, como contempló el Vidente de Patmos: "Al que nos ama, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre" (**Apocalipsis 1,5-6**). De cada linaje, lengua, pueblo y nación, ella ha sido reunida: un solo rebaño bajo un solo Pastor. Este llamado universal refleja la antigua promesa hecha a Abraham de que en su simiente serían benditas todas las naciones (**Génesis 22,18**), promesa ahora realizada en la unidad comprada por la sangre del Nuevo Pacto. La Iglesia reflexiona sobre el misterio de que ni las huestes celestiales ni los grandes pensadores de la tierra pudieron hallar la fuente de la vida; solo el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, fue hallado digno de abrir los sellos y dar vida al mundo (**Apocalipsis 5,5**).

Al predicar hoy su propia vida, la Iglesia se describe a sí misma como una casa espiritual construida de "piedras vivas": los fieles que han sido llamados de las tinieblas a Su luz admirable. Hemos sido convocados de diversos modos de vida y variadas culturas para ser cincelados y ajustados sobre la Piedra Única que los edificadores desecharon, pero que Dios ha hecho cabeza del ángulo (**1 Pedro 2,4-7**). En esta arquitectura divina, ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, porque todos están integrados en la vida de Cristo. Este es el misterio de la Iglesia: una comunidad que vive por la vida de Otro, una Esposa que viste la justicia de su Esposo, y un templo donde mora el Espíritu de God. Al recordar su redención en Cristo, la Iglesia invita a toda la humanidad a cruzar el umbral de sus puertas, a ser lavada en la misma Sangre y a formar parte del edificio eterno contra el cual las puertas del Hades no prevalecerán jamás.

## Sábado – Las Santas Mujeres:

### Las Mensajeras de la Mañana – Las Santas Mujeres y el Triunfo del Amor

En este día radiante, la Santa Iglesia vuelve su corazón hacia el aromático y valiente testimonio de las mujeres Miróforas, aquellas fieles hijas de Sión que transformaron sus terrores más profundos en un amor ardiente y sacrificial por el Cuerpo de Cristo. Mientras las sombras del Sábado comenzaban a desvanecerse en el alba del primer día de la semana, estas santas mujeres no sucumbieron a la parálisis del miedo que había dispersado a los Discípulos elegidos; por el contrario, impulsadas por una devoción que superaba el pavor a los sellos romanos y a los guardias del templo, se aventuraron en la oscuridad hacia el sepulcro. Buscaban ungir con especias y mirra el Cuerpo quebrantado de su Señor, realizando una última y tierna liturgia de dolor que estaba destinada a convertirse en una letanía de gloria. En su persistente vigilia, encarnaron el anhelo de la Esposa en el Cantar de los Cantares, que clamaba en la noche: «Me levantaré ahora, y rodearé la ciudad; por las calles... buscaré al que ama mi alma» (**Cantar 3,2**). Su insomne «ir y venir» ante la tumba fue la labor de un amor que se negaba a aceptar la finalidad del sepulcro, demostrando que donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia y la fortaleza femenina.

La Iglesia celebra el honor singular otorgado a María Magdalena, a quien, a través de sus lágrimas, se le concedió la primera visión del Sol Resucitado. Ella se mantuvo como la nueva Eva en el nuevo Jardín, escuchando su nombre pronunciado por la Voz que una vez llamó a las estrellas a la existencia, convirtiéndose en la «Apóstol de los Apóstoles». Junto a ella, las santas mujeres contemplaron la visión aterradora pero consoladora de las huestes angélicas, cuyo aspecto era como un relámpago y su vestido blanco como la nieve (**Mateo 28,3**). La proclamación de los ángeles —«No está aquí, pues ha resucitado, como dijo» (**Mateo 28,6**)— destrozó la antigua maldición que pesaba sobre la mujer desde la Caída. Mientras que la primera mujer había llevado una vez un mensaje de muerte a Adán, estas «Nuevas Mujeres» fueron comisionadas para llevar el mensaje de la Vida Eterna al mundo. Como profetizó el Salmista: «El Señor daba palabra; había grande multitud de mujeres que anunciaban las buenas nuevas» (**Salmo 68,11**), y en efecto, la compañía de estas mujeres se convirtió en los primeros heraldos de la Nueva Creación.

Al reflexionar la Iglesia sobre los relatos evangélicos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, nos enseña que el camino hacia la Resurrección está pavimentado con «amor ferviente». Las santas mujeres nos recuerdan que el corazón que busca a Cristo en la oscuridad del «sepulcro» de este mundo se encontrará invariablemente con la Luz de Su presencia. Nos enseñan que nuestras propias «especias» —nuestras oraciones, nuestras virtudes y nuestros sacrificios— nunca se pierden, pues Cristo acepta la intención del corazón y la recompensa con la visión de Su gloria (**Juan 20,1-18**). Al celebrar su testimonio, la Iglesia invita a cada alma a desechar las «vestiduras de muerte» del miedo y a correr, como ellas lo hicieron, con «gran gozo» para anunciar que la Muerte ha sido sorbida en Victoria. Este es el día en que recordamos que los primeros testigos del mayor milagro de la historia fueron aquellas cuyo amor era más fuerte que la muerte, y cuya fe fue la primera en tocar el borde del manto del Señor Resucitado.

**¡Gloria a Dios Todopoderoso! Amén.**